

## **ANTROPOLOGIA DE LA MEMORIA: De la represión al genocidio**

**Maximiliano E. KORSTANJE**

International Society for Philosophers (Reino Unido)

[maxikorstanje@arnet.com.ar](mailto:maxikorstanje@arnet.com.ar)

### **ANTHROPOLOGY OF MEMORY: From repression to genocide**

**Resumen:** Las experiencias latinoamericanas durante las décadas del 60/70 han sido sangrientas, y plagadas de violencia. El presente trabajo explora las raíces discursivas de la violencia por medio de la crítica de dos grandes trabajos; uno de ellos de reciente publicación titulado *El Genocidio como Practica social*, a cargo de Daniel Feierstein. El segundo, titulado *Violencia de Texto, Violencia de Contexto* del académico chileno Freddy Timmermann. Combinando las fortalezas de uno con las debilidades del otro, tejemos un nuevo eje conceptual no solo para comprender la política, sino el “arquetipo del desaparecido” dentro de la política argentina.

**Abstract:** The Latino-American experiences during 60/70s decades have been bloody, and fraught with violence. This essay-review, explores the discursive roots of violence through the critique of two major works; one of them, recently published and authored by Daniel Feierstein as *El Genocidio como Practica social*. The second one signals to *Violencia de Texto, Violencia de Contexto* on the hand of Freddy Timmermann. Alternating the strengths of one with weakness of the other, and vice-versa, we provide with a new conceptual framework not only to understand the politics, but also the “archetype of forced-disappeared”.

**Palabras clave:** Genocidio. Violencia. Hegemonía. Discurso. Excepcionalidad  
Genocide. Violence. Hegemony. Discourse. Exemptionalism

## 1. Introducción

Sobre porque un dolor es superior a otro, o los dilemas morales para recordar ciertos eventos y olvidar otros, son dos de los aspectos a tratar en esta pequeña pieza. Dos textos, ambos de gran calidad académica, intentarán responder, con sus aciertos y sus limitaciones, a la epistemología de la violencia como mecanismo de poder, de construcción del otro para reafirmar la propia identidad.

La vida latinoamericana ha sido marcada por los golpes de estado y los crímenes cometidos ya sea por la Junta Militar en Argentina o el régimen Pinochetista en Chile. Freddy Timmermann con su brillante trabajo *Violencia de Texto, Violencia de contexto* y Daniel Feierstein con *El Genocidio como práctica social*, intentan dilucidar no solo el problema del mal, es decir la funcionalidad del Estado que pasa de protector a victimario de su propia población, sino además la necesidad de narrar objetivamente los discursos de memoria o simplemente exagerarlos para que políticas que de otra manera serían rechazadas, sean ampliamente aceptadas.

## 2. La experiencia del Genocidio

Daniel Feierstein, uno de los representantes del estudio del genocidio en Argentina, discute críticamente en su libro sobre la necesidad de crear metodológicamente el marco conceptual necesario para, primero, poder comprender ¿qué es y como opera discursivamente el genocidio? Segundo, se plantea la necesidad de comparar los trazos narrativos entre “prácticas de genocidio” para desprenderse de las concepciones jurídico legales del término.

En su libro, *El Genocidio como práctica social*, Feierstein enfrenta, de esta forma, su primer escollo; concentrar esfuerzos para establecer su propia definición de genocidio, para luego poder vincular las categorías narrativas del nazismo con la experiencia argentina, es decir con el infame Proceso de Re-Organización Nacional. Las definiciones legales aprobadas por Naciones Unidas en 1948 hablan de intentos de exterminio sobre poblaciones “totales” por motivo étnico o religioso. Empero poco dice de las preferencias políticas.

Desde una postura original, Feierstein reconoce que la experiencia argentina precisamente carece de un matiz étnico, pues no había diferencia entre víctimas y victimarios. Las prácticas se encontraban legitimadas bajo la doctrina “de Seguridad Nacional” y seleccionaba a sus víctimas por motivos ideológicos, aun cuando obviamente los márgenes se fueron ampliando durante todo el período a civiles que siquiera tenían militancia política. Es imperativo reformular la figura del genocidio, entendido por la ONU como la negación normativa a poblaciones enteras, por una nueva definición que se ajuste al trauma argentino. La misma definición original contempla, advierte el autor, la cuestión política de la víctima, y no se reduce a sus características personales. El genocidio de grupos políticos permanecía tipificado como “otros motivos” dentro de la resolución primigenia. Ello autoriza no solo a re-abrir el debate sobre las tácticas llevadas a cabo por la Junta Militar, extirpando derechos esenciales de la población civil, sino también configurando una nueva tipología, la práctica de genocidio y las formas políticas de narración y recuerdo.

En forma brillante, Feierstein sugiere que toda práctica genocida se encuentra enraizada en un proceso, que nunca culmina con el crimen. En el siguiente párrafo se evidencia el sentido dado por el trabajo de referencia a la cuestión,

“una práctica social genocida es tanto aquella que tiende y/o elabora en el desarrollo del genocidio como aquella que lo realiza simbólicamente a través de modelos de representación o narración de dicha experiencia. Esta idea

permite concebir al genocidio, como un proceso, el cual se inicia mucho antes del aniquilamiento y concluye mucho después, aun cuando las ideas de inicio y conclusión sean relativas para una práctica social, aun cuando no logre desarrollar todos los momentos de su propia periodización” (p. 36).

Si la ley es igual para todos los grupos, excluir de la declaración del 48 a los grupos políticos, agrega el especialista, sugiere (en parte) re-reproducir desigualdades en los sujetos de derecho. Ciertamente, razones no faltaban. Muchos de los estados firmantes, se negaron a reconocer la autonomía de los colectivos políticos y sus aspectos ideológicos. Como resultado, el acto de asesinar por razones políticas no fue un crimen tipificado como genocida. Al contrario, ciertos grupos que en posición vulnerable acusaban recibo de características específicas vinculadas a lo religioso o lo étnico quedaron sobrevalorados de la declaración. Este documento no solo contradice las bases del derecho romano, pues el crimen (claro algunas excepciones) nunca se valora por la característica de la víctima, sino por la norma que infringe, sino que además crea una desigualdad entre las diferentes víctimas.

La paradoja abierta radica en el hecho que precisamente los estados nacionales, en post de una defensa de los derechos de ciertas mayorías, siguieron empleando en contra de sus poblaciones civiles, la violencia y los mecanismos disciplinarios con fines políticos. No huelga decir que si se prohíben asesinatos masivos contra personas por sus sistemas de creencias, por ejemplo en el caso religioso, misma aplicación debería hacerse de las creencias ideológicas. Con este argumento elocuente y elegante, Feierstein consigue, en forma seria, llevar al campo del genocidio las prácticas de tortura, y asesinato perpetrados por la Junta militar en su supuesta campaña “contra la subversión”. Uno aquí debe cuestionarse ¿qué tienen en común las prácticas nazis con las del proceso? Feierstein afirmará, no solo la ideología o la búsqueda de un enemigo para la comunidad, sino las construcciones narrativas de sub-humanización del otro, reducido a un objeto sin derechos, para deslindar cualquier vinculación ético-moral. En algún punto debe haber una diferencia entre el ser y el hacer que amerita una profunda discusión.

En la experiencia argentina, las víctimas eran seleccionadas por su supuesto hacer y no por pertenecer al grupo en sí. No obstante, Feierstein pone en duda este principio pues aduce que no existe una diferencia entre “el ser y el hacer judío”. Los nazis usando criterios etno-biológicos acusaban a un colectivo por lo que supuestamente habían hecho en contra de Alemania. Lo importante, en ambos procesos de genocidio ha sido, la forma radical en la cual el otro es construido, y luego las prácticas que llevan a igualar a todos frente a la muerte. Los militares argentinos, al igual que los nazis, construían un proceso de diferenciación “degenerativo”, por medio del cual se preservaba la pureza de la propia sociedad. El militante subversivo, aunque renegara de su ideología, recibía el mismo tratamiento de quienes persistían en su hacer político. El carácter de víctima era, por lo menos, irreversible. Esta suerte de “modelo degenerativo” negaba el carácter temporal y voluntario de la militancia, como el nazismo hacía lo propio con el “judío”. En tanto “tecnología de poder”, la práctica genocida intenta diluir la propia adscripción comunitaria e identitaria de la víctima, destruyendo los lazos sociales y generando nuevas políticas y formas de pertenencia.

En este punto, Feierstein resuelve las limitaciones que históricamente han surgido al comparar regímenes como el nazismo con la junta militar. Ambas experiencias se clasifican en un subtipo de “genocidio re-organizador”, en donde un estado ya construido introduce prácticas de violencia extremas para generar nuevas formas de consciencia en la población. El terror psicológico, obviamente, funciona como mecanismo de adoctrinamiento para los atónitos observadores. Éste aspecto cae en una gran contradicción en la obra pues si el nazismo es equiparable al gobierno de facto argentino, ¿cómo explicar los efectos totalmente dispares en la población civil?

### 3. Crítica a la obra de Feierstein

Ahora bien, todo buen trabajo requiere de una minuciosa crítica con el fin último de mejorar el argumento. Particularmente, el primer problema conceptual en la obra del profesor Feierstein es la concepción entre un régimen político totalitario y otro autoritario. El primero, en donde se ajusta el “ethos-nazi”, se diferencia del último por adquirir un control total de la vida privada y subordinarla al poder público. Para poder llevar a cabo dicho proceso se necesitaba de una eficiencia disciplinaria “totalizante” acompañada de un gran régimen propagandístico. El joven nazi, como bien muestra la historia, entregaba a sus propios familiares porque su devoción a la figura del Führer era total. En cambio, en Argentina, la ineficiencia del estado, ya sea en materia económica como militar no podía llegar, en ninguna de sus formas, a subordinar toda la esfera privada al poder estatal. La población nunca adoptó la postura radical de los militares argentinos, mucho menos la postura de los grupos civiles más radicales.

Precisamente como bien infiere Timmermann (2008), el sujeto moderno latinoamericano abandona el espacio público frente a las prácticas de violencia por parte del estado. Hecho por el cual el neoliberalismo no ha encontrado grandes trabas en los noventa. Por el contrario, el poder nazi subyuga la privacidad en forma completa. A la vez que Adolfo Hitler logra captar una devoción total por parte de los sindicatos orientándolos a la producción bélico-militar, la Junta argentina desorganiza las asociaciones sindicales para establecer políticas que de otra forma hubiesen sido rechazadas. El ciudadano medio, sin posibilidades de frenar la ola de violencia en las calles, se recluye en el interior de su propia privacidad. En el caso alemán, el trabajador “ario” pone lo mejor de sí para entablar “una guerra total” contra los aliados. Empero de ninguna forma este compromiso de la ciudadanía se replicaba en los cuadros militares.

Si Videla y su causa gozaban de gran aceptación dentro de claustros militares católicos, Hitler sufrió casi un centenar de atentados, la mayoría de ellos perpetrados por el ejército.

La segunda gran diferencia a tratar es que en el Tercer Reich la ciudadanía era movilizaba en pos de una ideología radical, no compartida por la milicia, a diferencia de Argentina donde el proceso fue totalmente inverso. Como afirma Kekes (2006), “mientras los militares argentinos estaban convencidos que estaban peleando contra un mal extremo” para muchos oficiales nazis los judíos simplemente representaban una forma burocrática de ascenso, una suerte de mal “banal” en términos de H. Arendt. Cuando la filósofa alemana documenta el juicio a Eichmann, exclama que existen dos tipos de males. Un mal radical y extremo enquistado en la lógica de los líderes del nazismo, el cual no consiste en asesinar sino en quitarle al hombre público su conciencia ética. La falta de pensamiento crítico, que nos lleva como sujetos a distinguir entre lo bueno y lo malo, representa el triunfo del mal radical sobre la vida social. Empero, existe otro tipo de mal, llamado “banal” que se explica por la razón instrumental que por beneficio propio fue cómplice de actos atroces. Advierte Arendt, la psicología del Coronel Adolf Eichmann, quien coordinaba los trenes que iban y venían de los campos de exterminio, estaba lejos de ser la de un monstruo psicópata como se presentaba en la opinión pública. Desde pequeño, él solo quería “impresionar a los demás”, y ser un buen empleado. Su afán y/o ambición lo llevaron a justificarse actos que le costaron la vida. Si bien, Eichmann nunca disparó contra una persona, ni contra un prisionero de campo, esta suerte de banalidad de los actos básicos es la que lo llevaron a cometer crímenes de lesa humanidad (Arendt, 1963). El aspecto central de la discusión es ¿hasta que punto Eichmann es responsable moralmente por los crímenes de los campos de exterminio?

Recientemente, en otros trabajos, hemos criticado la postura de Arendt pues aún no siendo responsable en forma directa de los crímenes para los cuales ha sido un facilitador, Eichmann es éticamente responsable de haber renunciado a su juicio crítico (Korstanje, 2013a). De la misma forma que un conductor borracho que asesina a un transeúnte, no es

directamente responsable de matar, pues no ha sido su intención primera. No es éticamente exonerado del crimen, pues ha elegido en uso de sus facultades embriagarse, sabiendo u omitiendo parte de las consecuencias de ese acto. Al margen de ello, ambas experiencias pueden en este punto no ser comparables. De hecho, mientras el Tercer Reich fue un régimen surgido del seno de la democracia misma, la Junta tomó anulando las garantías y derechos democráticos.

Por otro lado, aun cuando en concordancia con Feierstein, las fuerzas armadas argentinas eran superiores en cuadros y armamentos, tema por el cual la lucha contra la subversión era desigual, advierte John Kekes, se da cierta miopía intelectual en el contexto previo al golpe de estado. En números prácticos, se habían cometido 200 crímenes políticos para 1974; número que se triplica a 860 para 1975. Entre 1973 y 1976, las 1.358 muertes vinculadas a la lucha subversiva comprendería 677 civiles, 180 policías y 66 militares. Aunque los militares argentinos cometieron actos aberrantes y malignos, su ideología los proclamaba como protectores últimos del orden nacional, decididos custodios de un bienestar colectivo. Mientras en el caso argentino, la tortura era una meta para un fin (compromiso), los alemanes o generales de campo evitaban cualquier tipo de compromiso ético-moral con sus víctimas (Kekes, 2006).

Por último pero no por ello menos importante, particularmente existe un problema a la hora de poder sentar las bases para definir el campo de operación de las instituciones que van a controlar el “geno” o politicidio en materia internacional. Su persistencia en la “memoria subjetiva”, que muy bien puede ser manipulada políticamente como en el caso de Argentina, lleva a la creación de anatemas ideológicos, activados en caso de clivaje o conflicto. Es decir, que la solución que plantea Feierstein para evitar el genocidio puede agravar el problema. ¿De que forma?

En términos filosóficos, puede aceptarse que las políticas orientadas a los derechos humanos intentan dejar políticas claras en la formulación de los “criterios justos” de intervención, empero esa forma de pensar deja una cuestión irresuelta, en el contexto de aplicación. Partiendo de la base que los genocidios son perpetrados por el mismo estado (experiencia que hermana a los nazis con la Junta), en contra de un grupo de ciudadano (por las razones que fuesen), ¿cuando y bajo cual contexto se puede intervenir un país soberano?

Los Derechos Humanos como forma o práctica universal, aplicable a cualquier cultura puede llevar a una verdadera dictadura, pues se reservan para un poder único de policía la necesidad de intervención en territorios ajenos (Korstanje, 2013b). La autonomía no es una categoría propia de la modernidad como insiste el sociólogo argentino, sino el derecho único de quien se asume defensor de los derechos humanos.

Es prácticamente imposible poder delegar la fuerza en un tercero, para que garantice los derechos de todos, so pesar que ese tercer estado aplique el “principio de auto-determinación” para sí mismo. Es lo que, precisamente, sucede hoy con la delegación de la ONU a los Estados Unidos como “poder de policía”. La guerra contra el terror iniciada por la administración Bush ha dejado miles de denuncias por violaciones de DDHH, a cada acusación, el poder interviniendo aduce el principio de “libre determinación” presente en su sexta enmienda y su constitución por medio del cual su política interna no es o mejor dicho, no queda sujeta a juicio de un estado extranjero. Por ende, aplicar universalmente los DDHH o una política de prevención en violaciones a los derechos básicos, con el fin de evitar genocidios, niega la esencia misma de todo derecho, la obligación. Estos tres puntos, explicados en forma muy sumariada para una reseña, deberían ser tenidos en cuenta por Feierstein en futuros abordajes. Las omisiones son producto de un intento de forzar las conclusiones a la idea que la experiencia argentina se igual a la germánica. Y en ese intento confunde el término genocidio con violencia. Por lo pronto, tampoco ejerce una análisis exhaustivo al rol que el terrorismo juega como relación dialéctica entre el estado y el conflicto (Korstanje, 2011).

#### 4. El miedo y la Violencia Política

A diferencia de Feierstein, Timmermann no empleará el término genocidio, para referirse a las técnicas de poder propias del capitalismo moderno. Sus esfuerzos se centran en la construcción de la experiencia del refugiado, por medio del análisis literario para luego establecer un modelo de comprensión sobre el contexto chileno. Timmermann no se plantea la necesidad de una memoria, sino la posibilidad de comprender las consecuencias del ejercicio extremo de violencia.

La modernidad no ha traído paz, menos prosperidad, ni por asomo el fin de la historia como anunciaba Francis Fukuyama. La ideología del fin de la historia ha reciclado las viejas estructuras capitalistas para crear poder desde otro prisma. Sobre este punto ético y político crucial que desvela a los académicos de todo el mundo se encuentra estructurado el trabajo del profesor Timmermann, *Violencia de Texto, Violencia de Contexto*.

Si los hallazgos de las ciencias “duras” han avanzado sustancialmente en las últimas décadas, la situación moral de Occidente ha entrado en crisis como así sus instituciones más representativas. Contextualmente, aclara Timmermann, la década de los setenta encuentra a Chile mirando hacia la Guerra Fría y la revolución cubana (tema que no está tratado por Timmermann), hacia el Mayo francés del 68 y la revuelta hippie en California.

La sociedad daba paso gradualmente a una ingeniería social donde la verdad de la historia era menos importante que las posibilidades del individuo para trascender. Como los Estados Unidos, Chile también tuvo su desgraciado 11 de Septiembre (en 1973), un golpe de estado cívico-militar organizado por un grupo de generales entre los cuales se encontraba Augusto Pinochet. El golpe en contra de S. Allende no solo ratificó ciertas políticas económicas sino que además modificó las formas de comprender lo público y lo ciudadano, replegando al sujeto hacia el interior de su esfera privada por medio del temor. Timmermann recuerda que todo problema de “memoria” implica poder brindar las bases para explicar la violencia. Sin comprensión, el olvido es sólo cuestión de tiempo. Las prácticas estatales de violencia frente a los ciudadanos y sobre sus cuerpos tienen consecuencias directas en el corto, mediano y largo plazo sobre la sociedad toda.

Precisamente, como buen historiador, Timmermann repara en los serios problemas metodológicos que tiene el hecho de estudiar sistemáticamente un objeto ausente. La figura del desaparecido se caracteriza por la ausencia de un cuerpo al cual reclamar, o darle sepultura, homenaje o someterlo a cualquier otro rito funerario. El cuerpo del “desaparecido” es recordado por sus familiares y amigos, vive en la memoria de quien soporta su ausencia. Por ese motivo, el impacto del hecho represivo es exclusivamente difícil de estudiar a no ser por la memoria colectiva de un puñado de ciudadanos en quienes el hecho continúa vivo. Centrado en la literatura testimonial, el libro intenta reconstruir los 120 días posteriores al golpe institucional de Pinochet. Prigué y el Estadio de Rolando Carrasco son dos de las obras examinadas por Timmermann. Si el primero se encuentra escrito cuando el autor se encontraba detenido, el segundo es en libertad, editado en Buenos Aires en 1974.

Ambas obras articulan toda una serie de experiencias ya sea del golpe y de los días posteriores como de impronta ideológica propia del autor. En ambos textos no solo habla un hombre en condiciones de aislamiento y represión, sino parte de toda una generación. En las partes iniciales de *Violencia de Texto*.. se exploran las conceptualizaciones necesarias para comprender la memoria y su vinculación con la represión. En las sucesivas, se trabajan las formas o umbrales a través de las cuales esa violencia se hace factible y tolerable. Por último, se hace énfasis en la construcción de la legitimidad discursiva que sustentan espacios de poder específicos y que, de alguna u otra manera, se encuentran enraizados en la cultura chilena. Metodológicamente, Timmermann escribe

“creo que se debe estudiar todo hecho de violencia con fuentes cercanas a

la ocurrencia de estos, porque son sus matices los que permiten establecer una influencia más profunda del contexto, y por lo tanto, percibirlo en torno a dimensiones distintas usualmente tratas” (p. 33).

Y a medida, entonces, que se acerca la fecha crucial, tanto el ejército como la ciudadanía entran en un gran umbral de incertidumbre. Aun cuando los militares chilenos tuviesen definidos sus escalafones las riendas del golpe como así sus políticas inmediatas estaban abiertas a una lucha de facciones por el poder. Por su parte, el miedo al avance “rojo” en ciertos sectores de la elite chilena sentó las bases para la adopción de la violencia como forma comunicativa estandarizada y ejemplificadora.

Al estudio de contenido dirigido sobre los libros de Carrasco, se le añaden una interesante lectura de los informes Valech y Rettig. Ambos documentos intentan responder a preguntas acuciantes aunque desde diversos ángulos; el primero hace foco en las detenciones ilegales, las torturas, el tratamiento de prisioneros y las violaciones a los derechos humanos acaecidas y cometidas durante el régimen del general Pinochet. Por el contrario, el segundo cubre las causas económicas sociales de la crisis institucional y la polarización del conflicto que ha llevado a Chile a un golpe de estado.

En perspectiva, la construcción ideológica de otro extremadamente peligroso y la falta de diálogo para resolver cuestiones por vías institucionalmente democráticas, dieron como resultado que las Fuerzas Armadas derrocaran a Allende. Las fuerzas armadas en Chile como en el resto de Latinoamérica eran representadas por el imaginario colectivo como el arquetipo de la honestidad, el control y la austeridad. Ante la crisis económica de 1972, los medios de comunicación comienzan a postular el asenso de las Fuerzas Armadas como la única y una de las pocas soluciones posibles. No menos cierto es que una vez tomado el poder, los generales se adolecían de un plan doctrinario sobre lo “que es lo que había que hacer”. Indudablemente, Timmermann entiende Chile estaba ante una fractura sin precedentes. La mitad del país estaba enfrentada contra la otra mitad. Empero, lo que estos reportes no comprenden, es el empleo de la violencia lleva a justificaciones que independientemente de su causa, ha ocasionado una fuerte erosión en los canales de la confianza y la cooperación entre los agentes de la base piramidal de la sociedad chilena.

La represión militar no solo actuó contra los integrantes de la guerrilla sino contra líderes sindicales, representantes políticos y agentes sociales de contención. Por lo expuesto, el golpe Pinochetista dotado de “ejemplaridad” y “honestidad” quebró la confianza al punto de debilitar el lazo social y le ha conferido al espacio público un aura fantasmal; ambos luego serían empleados por el neoliberalismo para demostrar la supuesta “ineficiencia estatal”. El 11 de Septiembre ha generado un profundo malestar en la cultura chilena, ya sea por su impacto directo sobre el compromiso político como por las reformas económicas que hasta el día de hoy ha posibilitado.

Ciertamente, muchos intelectuales latinoamericanos en la actualidad, reivindican la lucha armada setentista como una forma de resistencia. A diferencia de ellos, Timmermann intenta deshacerse de cualquier influencia ideológica y establecer un marco conceptual científico claro sobre el problema. Ese es uno de los principales méritos de este trabajo. A medida que uno avanza en la lectura, se da cuenta de las formas discursivas que intervienen para legitimar este estado de crispación y violencia. Si la derecha apunta a la doctrina de “seguridad nacional” para mantener protegida a la nación del peligro que representa el comunismo, la izquierda hace lo propio retratando a la violencia como la única herramienta posible frente a la traición.

El historiador chileno coincide en señalar que los textos de Carrasco se esmeran en presentar un estado de corte autoritario, “fascista” que intenta vender o hipotecar los destinos de la patria. En la mayoría de sus diálogos, el prisionero es retratado como un “héroe” cuyo mérito máximo no solo es haber sido ilegalmente secuestrado y torturado, sino en la

resistencia que éste genera. Esa estoicidad necesaria para resaltar la figura del preso político contrasta con el militar chileno sobre quien caen todo tipo de estereotipos negativos y peyorativos. Carrasco distingue, de todos modos, al militar de alto rango que coordina y dispone de las salas de tortura de los conscriptos que sólo se sujetan a obedecer órdenes. La brillante paradoja expuesta por Timmermann sobre los trabajos de Carrasco, es que en definitiva la “solidaridad de clase” hace que el militar de bajo rango (comparable a un obrero) no sea retratado como el mal mismo, aun cuando sea la mano que ejerce la tortura sobre los cuerpos. Sin esta salvedad, Carrasco debería suponer que en el fondo se trataba de trabajadores asesinando trabajadores. Empero, su sesgo ideológico se lo impide.

Carrasco, entonces, no puede ejercer la autocrítica en ninguno de los dos libros respecto a la brutal represión que experimenta. El tiempo queda aislado como si no existiese un antes del golpe, un contexto histórico que sustentara y fundamentara las formas de violencia ejercidas. La junta militar impulsada por Estados Unidos aparece como uno de los grandes actores que ha cercenado la libertad chilena. Cabe agregar, en ese proceso de liberación, las clases populares juegan un rol esencial frente a la elite. No solo. Timmermann admite que:

“no existe ningún comentario auto-crítico respecto a las responsabilidades personales ejercidas en el gobierno anterior por lo sucedido, posiblemente porque la inesperada y brutal experiencia de la violencia padecida no tiene una explicación política plausible, es decir, porque Carrasco consideraba que o no había errores cometidos, o, de haberlos, estos no guardaban relación, en la forma y en el fondo democrático, con el “castigo” que experimentaban” (p. 84).

Hasta aquí hemos expuesto fielmente los hallazgos fundamentales del libro, el cual por su necesidad de apegarse al estilo de análisis literario puede visualizar los elementos discursivos y testimoniales que estaban presentes en el imaginario social chileno pos 73.

## 5. Relectura de Violencia de Contexto

En la parte primera del libro, Timmermann acude a Foucault y a Jaeger para presentar un aparato conceptual acorde al problema que pretende estudiar. Desarrollo que culmina advirtiendo que toda violencia ejercida permite una legitimidad la cual des-estructura la historia o el hecho histórico. No podíamos estar más de acuerdo con Timmermann, pero es precisamente lo opuesto a lo que formulaba Foucault para quien la ley y la historia se configuraban como discursos hegemónicos de quienes por uso de la violencia han construido una necesidad de verdad, y es que por esa carencia fabricada y trabajada sobre la mentalidad humana, se puede imponer la historia. ¿Por qué estudiar bajo rigurosidad de fuentes históricas lo que por definición foucaultiana es una ilusión?, ¿es la historia un criterio objetivo o una falsa narración política? Al igual que Foucault quien criticaba a la historia pero se consideraba un arqueólogo, Timmermann resuelve elegantemente esta contradicción epistemológica introduciendo en el debate la figura de la violencia. Veamos de que manera.

Por las limitaciones irresueltas en Foucault y Jaeger, Timmermann sugiere ingeniosamente que Pinochet se ha podido mantener en el poder a través de la imposición de mecanismos discursivos que permiten una mayor insensibilización del ciudadano respecto a la violencia. La memoria construida a medida que se aleja del evento originario, se nutre de nuevos elementos discursivos. Gracias a este proceso de construcción simbólica, Timmermann entiende que Pinochet puede subsistir en el gobierno. En efecto, la desensibilización del pueblo chileno por las prácticas de terror impuestas por el régimen se constituye como un factor explicativo de porque el general chileno se mantiene tanto tiempo en el poder. A diferencia de los militares argentinos, los cuales a pesar de tener un programa definido para

llevar a cabo luego del golpe, deben abandonar el poder luego de perder la guerra de Malvinas frente al Reino Unido. Timmermann aduce que cuando más novedosa se da una situación, entonces mayores serán las tergiversaciones para que la ciudadanía pueda depositar sus recuerdos. La deformación simbólica que le da legitimidad al discurso imperante radica no solo en su poder informativo, sino en el paso del tiempo y en el texto construido alrededor del evento que se quiere recordar. Se dan así tres contextos de base para comprender el fenómeno. El primero hace referencia al relato de los prisioneros y víctimas de la represión antes y después del golpe; luego la aparición y posterior desaparición de la barbarie que constatan el segundo y tercer contexto. La extrema barbarie que impulsó el régimen Pinochetista queda nivelada con la normalización de la violencia. La tesis central del libro es que no solo estos contextos han sido variables y construidos desde la cultura democrática, sino que la violencia militar ha dejado espacios vacíos en el orden societal.

Porque no hubo resistencia al poder de facto organizado y planificado con mucha meticulosidad, se deduce que el orden militar puede legitimarse a la vez que funda un nuevo clima político, donde el ciudadano se repliega en el seno de su privacidad. Una segunda lectura del Carrasco de Timmermann nos deja en el tintero la relación del “cuerpo desaparecido” y la sacralización de los muertos por medio de la cual se articulan todos los arquetipos de los grandes héroes y sus respectivas religiones. Sin lugar a dudas, se trata de un proceso de apoteosis desde donde el héroe-trágico muere para otros, se transforma en protector de los hombres o mediador ante los dioses. Desde Cristo, hasta Siegfried, los héroes sobre los cuales se funda la religión descienden a los infiernos, se encuentran sometidos a tremendos tormentos u obstáculos que resuelven con su valor. En perspectiva, el cuerpo del héroe descansa en el misterio y jamás es hallado. Es por demás interesante, la construcción del “desaparecido” como el fundador de un nuevo orden religioso y político (Korstanje, 2012), como bien se aprecia en la obra de Carrasco.

## **6- Conclusión: una antropología del desaparecido**

Cualquier desaparecido ha sido forzado a una situación que él no ha elegido. Su figura representa el “enigma del cuerpo”, sobre el cual se fundan todas las religiones. A la existencia humana, la muerte le deja un triste recado, recordar que es irreversible. Por ese motivo, los cuerpos deben ser tratados simbólicamente siguiendo pautas específicas de duelo y sepelio. Empero, cuando ese cuerpo se hace irrecuperable, el duelo no encuentra su razón de ser, y la sociedad corre el riesgo de colapsar y fragmentarse. Para evitar que eso suceda, las comunidades elaboran formas de sobreponerse al trauma, prácticas de resiliencia donde la víctima se proclama sobreviviente. Cuando eso sucede, la persona entiende que a pesar de todo el dolor, no se ha perdido todo. Ante un desastre, o un genocidio, los sobrevivientes reconocen que ellos “siguen vivos”.

Para poder entender lo que les ha pasado, se teje un discurso de “ejemplaridad” en donde el sujeto adquiere facultades extraordinarias. A la respuesta ¿Por qué hemos sobrevivido?, responden, y afirman, por nuestra fortaleza moral, por nuestra superioridad cívica, o incluso racial. Esta manera de reaccionar característica de las “sociedades sedentarias” ante cualquier tragedia, toman una fase positiva y otra negativa. Por un lado, el sentido de superioridad sobre el “no afectado” permite que la comunidad empiece su proceso de recuperación y sanación psicológica por las pérdidas sufridas.

Sin embargo, si estos mecanismos llevan a una memoria subjetiva y construida políticamente, pueden desembocar en construcciones colectivas que olviden las verdaderas causas de la tragedia, condenándose la comunidad a repetirla. En otras ocasiones, pueden llevar a formas embriagantes de nacionalismo. Los descendientes de desaparecidos, en ciertos contextos pueden conformar círculos exclusivos de pertenencia que bajo ciertas circunstancias generen formas hegemónicas de poder. Más aún, todo sobreviviente, arquetipo central de la

tragedia humana, compensa su sufrimiento a través de la “excepcionalidad”. Reconoce que a pesar de la trágica experiencia, el destino lo ha tocado, le ha perdonado la vida, le ha dado otra oportunidad, un fin por el cual luchar. Empero, si esta forma “cerrada” de ver el mundo continúa presente en la psicología del sobreviviente, se transforma en patológica debido a que éste cree poder solucionar todas sus frustraciones por medio del sufrimiento, lo cual da lugar a una conducta ascética.

## Bibliografía

- ARENDDT, H.  
1963 *Eichmann in Jerusalem*. NY: Penguin.
- FEIERSTEIN, D.  
2011 *El Genocidio como práctica social. Entre el Nazismo y la experiencia argentina*. Buenos Aires: FCE.
- FOUCAULT, M.  
2000 *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo De Cultura Económica.
- FUKUYAMA, F.  
2006 *The end of history and the last man*. New York: Simon and Schuster.
- KEKES, J.  
2006 *Las Raíces del mal*. Buenos Aires: El Ateneo.
- KORSTANJE, M.  
2011 “The Legacy of Samuel Huntington in Terrorist Studies”, en *Cross Roads*, 9 (2): 26-66  
2012 *Estado, Política y Religión: reflexiones para comprender la Argentina contemporánea*. Saarsbrucken: Lap Lambert Academic Publishing.
- 2013a “Riesgo y Seguridad: Hannah Arendt y la Construcción Política” en *Observaciones Filosóficas*, 15 (2): 1-20.  
2013b “Una Introducción de los Derechos Humanos”, en *Revista Argus-a: artes y humanidades*. Volumen II, Edición 9.
- TIMMERMANN, F.  
2008 *Violencia de Texto, Violencia de Contexto: historiografía y literatura Testimonial Chile 1973*. Santiago: Ediciones UCSH.

